



**¿Sublevado?
¿Resignado?
¿Vencedor?**

Gaston Racine

Gaston Racine

¿Sublevado?
¿Resignado?
¿Vencedor?

Primera edición
Noviembre 2012
Ferran Cots editor

Nuestro agradecimiento a Eva Racine, viuda del autor, Gaston Racine, por su permiso para traducir e imprimir este trabajo. Su deseo, y el nuestro, es que pueda ser de bendición a todo aquel que lo lea, y le lleve a los pies del único que puede dar verdadero sentido a nuestra vida: Jesucristo.

A Dios sea toda la gloria.



Révolté...? Résigné...? Vainqueur...?

Gaston Racine

© Eva Racine

Edición en castellano autorizada por Eva Racine.

Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción parcial siempre que se cite la procedencia. No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, con intenciones comerciales.

Traducción: Abigail Sanchis

Revisión de textos: Abigail Rodés

Maquetación y diseño: Ferran Cots

¿Sublevado? ¿Resignado? ¿Vencedor?

Primera edición: Noviembre 2012

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960

Imprime:



Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1	
Los sublevados	11
2	
Los resignados	15
3	
Los vencedores	21
Apéndices	35

Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Romanos 8:37-39)

Prólogo

La víspera de todos los Santos, atravesando el cementerio de una gran ciudad, leí sobre la tumba de un niño esta trágica inscripción grabada sobre el mármol rosa: **¿Por qué?**

Me paré, casi sin poder respirar, con el alma angustiada. Este grito doloroso, vehemente de una madre, de un padre, a los cuales la muerte brutal acababa de arrancar un hijo; este grito confiado a la piedra fría de una tumba trastornaba mi alma. Bajo el cielo gris del final del otoño, ¿a quién se dirigía esta pregunta que salía de corazones destrozados?

De repente, el mármol rosa apareció como multiplicándose y tomando formas humanas, entre las cuales reconocía varias personas encontradas en el curso de mi ministerio, aunque es verdad que hay almas cuyo rostro se parece a una piedra funeraria porque su corazón ya no es sino una tumba llena de recuerdos amargos, restos de ilusiones truncadas, ¡vestigios de una vida quebrantada!

Me veía rodeado por la muchedumbre de los sublevados, de los mutilados, de los decepcionados por la vida y todos me repetían amenazas o suplicantes esta terrible palabra: **¿Por qué?**

Me sentí de repente un miembro de esta sociedad aplastada y sufriente. Un dolor intenso se apoderó de mi corazón. Todos estos sublevados de la tierra, ¿no eran, en cierta forma, mis hermanos, hermanas, mi padre y madre?

¿Que puedo contestarles, Dios mío?, grité. ¿Qué puedo hacer por ellos, por estas vidas destrozadas y nunca apaciguadas? ¡Oh Dios! Tú lo sabes. ¡A estos seres no les sirve de nada nuestra conmiseración, nuestras fórmulas de simpatía, nuestras condolencias sinceras! Dame para ellos tus palabras que son espíritu y vida...

Diez días antes, en una estación climatérica¹, acababa de dormirme cuando me despertó el timbre del teléfono de la pensión donde me

¹Lugar similar a un balneario. Suele tratarse de una localidad situada, generalmente, en lugares altos de montaña o al borde del mar; con uno o varios establecimientos especializados en el tratamiento de enfermedades diversas, especialmente respiratorias. La expresión *estación climatérica* no suele utilizarse actualmente.

hospedaba. Las agujas de mi reloj marcaban la media noche. Me senté con el corazón acelerado, porque sabía que una llamada telefónica a esas horas, en esta casa y en esta ciudad, reclamaba a un sacerdote a los pies de un moribundo. Oí pasos precipitados en el pasillo y después volvió el silencio. Aún sentado en mi cama, pensé en esta alma desconocida que iba a pasar a la eternidad. Había venido a la montaña para encontrar cura. Con la esperanza de una mejora lo había dejado todo: su familia, sus amigos, su país y ahora, lejos de los suyos, era presa de la muerte en tierra extraña. ¿Por qué este doloroso destino?

Solitario, despierto en medio de unos tres mil quinientos enfermos, me encontraba completamente abatido por el peso de las almas. ¿Qué sería de esta alma a las puertas de la eternidad? ¿Qué podía hacer por ella? Mientras el sacerdote iba a llevarle, en medio de la noche, *el socorro de la religión*, levanté hacia Dios una ardiente oración:

Dios mío. Tú que has amado tanto al mundo, revela a esta alma desconocida a tu Hijo unigénito y sálvala con tu Gracia infinita. Utiliza a este sacerdote para llevarle el único mensaje que salva, la Cruz del Calvario, la sangre preciosa de Cristo que purifica de todo pecado. Úngelo de la solemnidad de su misión, él que será el último humano en hablarle de ti...

Pero, al final, ¿para qué ocuparme del alma de mis hermanos de esta manera? ¿No tienen todos en este mundo su religión, siempre que quieren, y también en su lecho de muerte pueden llamar al sacerdote o al pastor que les guste? ¿Para qué, entonces, preocuparme? ¿No hay un clérigo oficial para bautizar, casar, asistir, enterrar?

A pesar de todo esto, me siento responsable ya que sé que ninguna religión salva por ella misma. También sé que son numerosos los que en este mundo están hartos de religión y ya no quieren nada de ella.

Entonces para los sublevados de la tierra, para el que no tiene a Dios, para todos los que aún gritan: **¿Por qué?**, tomo la pluma, para hablarles como hermanos del Dios de los sublevados, del Señor de los *sin Dios* que los entiende, pero que ellos no entienden.

Neuchatel, noviembre de 1946

Introducción

Cuando de repente la prueba derriba a un hombre, interrumpiendo así el curso de su existencia, frustrando sus deseos, trastornando los planes de su corazón, según su estado espiritual puede adoptar tres actitudes: la rebelión, la resignación, la aceptación gozosa.

Los sublevados

1

La inoportuna enfermedad ha atacado al hombre. Que sea la primera gran prueba de su vida o el complemento de una sucesión de penas, esta circunstancia da pie hoy a que nazca en su corazón una situación terrible de conflicto.

Al principio, quizás se había incluso resignado pero ahora que la prueba se prolonga, ya no puede aguantar más. Una cólera sorda, a punto de estallar, aprieta su garganta. En un momento el curso normal de su vida se ha modificado totalmente. Sus proyectos se han ido al agua. No sólo debe romper con sus costumbres más queridas sino que también debe separarse de las personas que ama para buscar, lejos, una cura que tampoco tiene la seguridad de encontrar. Si es joven, todavía estudiante o en época de aprendizaje, ve su porvenir truncado, o, como mínimo, gravemente comprometido. Si está comprometido, un drama todavía más doloroso penetra en su corazón. Si está casado y es padre de familia, le cuesta aceptar la pesada carga que recae sobre los hombros de la que ama; y no poder hacer frente a sus responsabilidades le humilla y lo desespera. No puede aceptar ser alcanzado, detenido, mientras tantos otros continúan su camino exentos, al menos al parecer, de toda pena.

Lo trágico de este estado es que todo parece hecho para desespeararlo. La visita de una persona con buena salud se convierte en un mal consolador, la exultante alegría de un compañero que está a punto de salir de la clínica, le causan una irritación secreta. Todo parece ensañarse contra él y cuanto más se irrita más desgraciado es. ¡Ya no soporta nada y él mismo se vuelve insoportable para los que le rodean! La amargura en la cual se encuentra su alma se manifiesta en su actitud, en sus actos y en sus palabras. El sublevado es un ser que se aísla en su dolor y ya no puede participar ni de las alegrías ni de los padecimientos de los demás. Pero, en el fondo, ¿contra qué o contra quién se ha sublevado?

Si hasta ahora ha confesado ser ateo, su actitud es bastante extraña. Él, que no se ha preocupado ni de Dios ni del diablo, que ha negado la Providencia divina en los tiempos de su prosperidad, ¿en contra de

quién se subleva? ¿Será en contra de la fatalidad, de la mala suerte, de un azar ciego o simplemente en contra del vacío, sobre lo que recae su rabia impotente y sus inútiles esfuerzos? Su rebelión, ¿no sería más bien una confesión, un primer paso hacia el reconocimiento de un poder superior, invisible, infinitamente más sabio y más poderoso que nosotros, de dónde todo nace y del cual dependemos nosotros mismos? Ya que, ¿qué son estas fuerzas anónimas: azar, mala suerte, fatalidad, vacío? ¿Por qué no tirar la máscara y llamar por su nombre al Dueño del Destino y de nuestras circunstancias, el que la Biblia llama simplemente Dios, y que nuestro orgullo, nuestras decepciones o nuestro amor hacia el pecado nos han impedido reconocer, temer y amar?

Si, por el contrario, no siendo lo suficiente insensato como para negar la existencia del Creador, tiene fe en Dios, su rebelión parece manifestar una fe intelectual sin vida. Puro deísta, su razón no ha podido admitir nunca que un cronómetro exista sin un relojero. El Dios en el que cree es demasiado espiritual, demasiado lejano del mundo para que pueda haber tenido alguna relación íntima con Él. Es así como hasta ahora sólo ha depositado su ofrenda en el altar del *Dios desconocido*. Si por el contrario, ferviente panteísta, amigo de los deportes y de la naturaleza, ha confundido a Dios con el mundo hasta el punto de pensar que para él todo era Dios, objetos de adoración y lugares de culto; ahora que todo parece ir en contra de él, está desorientado y sin socorro alguno, porque nunca ha conocido al Dios vivo y personal que nos revelan la Escrituras y Jesucristo.

Deísta o panteísta, para él también su rebelión es una confesión. Tiene una creencia, posee algún conocimiento sobre la verdad, admite la existencia del Creador viendo en Sus obras Su poder eterno y Su divinidad, pero en su vida pasada, no lo glorificaba como Dios ni le daba las gracias. Hoy, lo maldice en voz baja. Si antes lo tuvo por bueno, ahora lo ve malo; si lo creyó bello, lo ve ahora recreándose en la fealdad, la deformidad, en las dolencias que lleva consigo la enfermedad; si lo creyó todopoderoso, lo ve incapaz, dominado por el mal. Si sus labios aún guardan silencio, sus pensamientos acusan a Dios y cuanto más se aleja, más desgraciado se siente.

Pero la sublevación puede tomar otra forma: Puede vestirse de la máscara de la indiferencia o incluso de la despreocupación. El enfermo no quiere que se vea su amargura, sus decepciones. No acepta la enfermedad y para demostrar que la domina, más que nunca buscará vivir

la vida en todo su esplendor. Ya que su cuerpo está perdido, mientras pueda se dará a todas las diversiones que este mundo pueda todavía ofrecerle, aunque sea acelerando y agravando aún más su estado ya que poco importa: *¡comamos y bebamos porque mañana moriremos!* Y con esta alegría ruidosa, bajo estas frívolas palabras, con esta conducta sin control, un pobre corazón muere desesperado.

No obstante, no nos equivoquemos. La sublevarción también la podemos encontrar en un cristiano. Al hombre no le gusta sufrir y no busca de buen grado los caminos rocosos. Pero es más triste constatar esta sublevarción en un discípulo de Cristo que en cualquier otra persona. Arruina un testimonio y manifiesta una vida y una voluntad propia no quebrantadas. Es el signo de un alejamiento de Cristo que puede conducir a la peor negación.

Sublevarción silenciosa, sublevarción abierta, enmascarada en cualquier lugar que se encuentre y cual sea su forma, es la enemiga número uno de una curación.

Enfermo sublevado, decepcionado de la vida, de ti mismo y de todos, de todo, detente un instante. Si tu sublevarción te calma, te hace feliz, si cambia tus circunstancias y mejora rápidamente tu estado, entonces, no tengo nada que decir y estas líneas no te conciernen. Si por el contrario, constatas cada día tu impotencia para mejorar tu suerte, sé inteligente y date cuenta por fin que es tu enemiga, que te mata, que hace de ti un desgraciado. Tal como te encuentras, roído moralmente, ¿cómo quieres que se produzca una mejora en tu estado físico?

Abandona tus prejuicios, deja de lamentarte en lo secreto de tu alma o abiertamente a los que te visitan o te rodean, y, cualesquiera que sean tus creencias o tu no creencia, ve a Dios sin dar más vueltas y vacía tu corazón.

Hasta hoy quizás no lo hayas hecho nunca. Has tenido pensamientos en contra de Dios, has blasfemado su Nombre al oído de tus hermanos maldiciendo tu día, pero no has ido a su encuentro. Créeme, no está tan lejos de ti que no puedas alcanzarlo, *ya que en Él vivimos, nos movemos y somos*. Háblale, no te aplastará. Aún hoy no está enfadado contigo. Hoy perdona hasta a los que blasfeman, al que ultraja y a todos los que, ciegos, han creído ver en Él a un enemigo de su felicidad. Él se acordará que *las palabras de un desesperado sólo están hechas para el viento*. Sabrá comprender que tu fuerza no es la de las piedras y que tu carne no está hecha de estaño. No olvidará de lo

que estás hecho y se acordará que eres polvo. Cuéntale sin esperar por qué estás sublevado, abre ante Él tu corazón. Dile que no entiendes, que es demasiado, que ya no puedes más. Es entonces que, liberado, suave, tierna e irresistiblemente, te atraerá hacia Cristo, su único Hijo, tu Salvador desconocido que tomó sobre Él todo tu sufrimiento, todos tus pecados, toda tu iniquidad. Sin entender todavía lo que está pasando en ti, te sentirás aliviado. Jesús, el varón de dolores absorberá tu rebelión y tus sufrimientos y te dará la gracia de creer en su gran amor que te da la vida eterna.

Sublevado, ¡hoy se te ofrece una salvación gratuita para vivir y no sólo para morir! Una vida maravillosa está a tu alcance. Aprópiate de esta vida eterna respondiendo sin tardar a la invitación suprema de Cristo que no puede mentir y que dice:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

(Mateo 11:28-30)

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

(Mateo 6:33)

Los resignados son muy numerosos en esta tierra. Se les ha dicho, y lo han podido comprobar, que en este mundo había mucha gente más desgraciada que ellos.

Algunas personas encuentran en la vida de un resignado, nobleza y una gran alma. La resignación les parece una actitud valiente. Otros por el contrario, más bien ven una falta de energía, por no decir un grado de pereza o incluso cobardía.

Realmente existen varias clases o grados de resignación:

I. Cansado de una vana rebelión, disminuido por la enfermedad, el hombre se calla y deja que las cosas ocurran. Su vida es apagada, sin alegrías. Es una resignación gris. No hay ninguna relación personal con Dios; de sus labios, en los cuales apenas se esboza una sonrisa, no sale ninguna oración. Está resignado porque no puede hacer nada más. Es la resignación del *vencido*.

II. Como un *Job*, con temor de Dios, el hombre se somete sin murmurar ante los caminos insondables del Altísimo. No entiende nada pero tampoco le atribuye a Dios nada injusto. Esta resignación es un testimonio de sumisión. No obstante cuando se prolonga la prueba, hay días, hombres y circunstancias que debilitan la paciencia y del corazón brota este suspiro: *¿hasta cuándo?* En otros momentos, vuelve a la carga la pregunta insidiosa y tenaz: *¿por qué?* ¡La fe tendría alguna respuesta, pero la fe es a veces tan pequeña y débil y los caminos y pensamientos del Señor tan misteriosos! Ésta es la resignación piadosa. ¿Qué les haría falta a ambos para conocer otro estado?

Una relación personal con Dios a través de Jesucristo, y un conocimiento más íntimo de su corazón, de sus pensamientos, de sus caminos y de su plan para el hombre.

Por desgracia, esto es lo que falta un poco en todas partes. Es sorprendente ver hasta que punto los hombres, incluso los que profesan creer en Dios, viven en la ignorancia del verdadero Dios y desconocen

los pensamientos del Señor hacia ellos. Job mismo, hombre piadoso llegó a gritar: *había oído hablar de ti pero ahora mis ojos te han visto*. Ahí está la diferencia. Como Asaf, para que cambie la orientación de nuestros pensamientos, hay que penetrar desde aquí abajo en los santuarios de Dios. Muchos permanecen alejados o sólo pisan el umbral.

Crear en la existencia de Dios ya es algo, pero esto no permite a los hombres avanzar, y en muchos la creencia en Dios es quizás hasta inferior a la que profesa el diablo. No nos engañemos, Satanás y los demonios no sólo creen en Dios, sino que tiemblan delante de Él, mientras que muchos hombres creen en Dios sin preocuparse de Él ni de su santa voluntad. Pues bien, la creencia del diablo, no salva; no es fe, sino creencia frente a la evidencia, creencia común a todos los condenados.

Hagamos una encuesta a las personas que nos rodean sobre lo que piensan de Dios. Esto es fácil y compromete poco. El nombre de Dios está en boca de todos y no se privan de emplearlo en vano sin preocuparse de transgredir el tercer mandamiento.

Tendréis casi siempre respuestas muy vagas. Algunos dirán: *Dios, es el ser Supremo, la Causa primera*. Otros lo llamarán la Providencia, el Todopoderoso, el Creador, etc. Para otros será simplemente el *buen Dios*, ¡siempre de acuerdo con ellos mismos y con lo que hacen! Es cierto que, a excepción de este último título que lo rebaja, Dios lo es todo, pero todos estos nombres le dejan en la penumbra.

¡Cuánta falta de precisión, de amor, de entusiasmo! ¡Qué pocos son los que gritan con fervor y convicción: *Dios, es mi Padre, lo conozco y me ama! ¡Vivo en su Amor!* Y sin embargo, es de este conocimiento que depende la verdadera felicidad de nuestra vida, nuestra reconciliación actual con todos los caminos de Dios, que tantas veces nos parecen contrarios.

¿Y por qué los hombres no conocen a Dios como a un Padre ? Porque no conocen a Jesucristo su único Hijo, a través del cual se revela el Padre: ... *nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar* (Mateo 11:27).

Hay que decirlo de una vez por todas. Fuera de Cristo, no hay pleno y real conocimiento de Dios. El Hijo es el que revela al Padre. Es en Cristo que se puede ver al Padre. Sobre este tema, las Escrituras son rotundas: *A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer* (Juan 1:18).

Pero, de Cristo, los hombres hacen poco caso. ¿Qué piensan de Él? Cuando su nombre no sirve de tema a los bebedores, ¿qué sitio ocupa en los corazones?

Se le llama Señor, pero Él ya decía: *Me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy* (Juan 13:13), pero también añadía: *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mateo 7:21).

La persona y la obra de Jesucristo plantean a la conciencia de todo hombre una pregunta capital.

Hace cerca de dos mil años apareció en Palestina un Hombre al que presentaron, y también se presentó a sí mismo, como el enviado de Dios, el Hijo unigénito y eterno del Bendito. Los testimonios de estos hechos son seguros. Crucificado bajo el mandato de Poncio Pilato, al cual los principales de los judíos lo habían entregado por envidia, resucitó al tercer día y se presentó, vivo, con muchas pruebas indubitables, a sus discípulos. Lo vieron durante cuarenta días y habló con ellos de cosas que tienen que ver con el Reino de Dios. Después de esto, habiéndoles dado órdenes en el monte de los Olivos, fue elevado al cielo de dónde había venido.

Estos hechos, tan importantes por sí mismos, habían sido anunciados hacia siglos por los profetas y guardados en los libros sagrados de los judíos. Quien quiera aún hoy en día leer el Antiguo Testamento, podrá encontrar descripciones muy claras y precisas de la vida de Jesús. Desde su nacimiento, anunciado como la única esperanza del mundo, hasta su muerte ignominiosa y la expiación de los pecados de los hombres.

Testigos de su resurrección, los discípulos de Cristo, llenos del Espíritu Santo, recorrieron el mundo predicando el Evangelio, testificando ante todos que era Él, el Cristo, quien había sido establecido por Dios mismo, juez de los vivos y de los muertos, añadiendo además que todos los profetas daban testimonio de que cualquiera que creyera en Él obtendría el perdón de sus pecados.

Si todo eso es verdad, ¿cómo puede ser que tan pocos hombres se preocupen de ello? ¿No están yendo hacia un juicio terrible, siendo negligentes o menospreciando una salvación tan grande?

Cristo es desconocido porque los hombres no se conocen a ellos mismos y no sienten la necesidad de un Salvador. Muchos piensan, menospreciando las Escrituras, que sus obras podrán salvarlos. Pre-

fieren su vaga creencia a la Revelación positiva de Dios. Siguen su propio espíritu y las ideas de los hombres más que la Palabra de Dios que declara, sin excepción, que todo hombre es pecador, y presenta la fe en Cristo, víctima expiatoria, como el único medio, ofrecido a todos, para obtener la salvación. Discutir con Dios, rebelarse, es inútil e insensato. Dios es Dios y no tiene que dar cuentas a nadie. No puede ni equivocarse ni engañarnos. Su criatura debe creerle y aceptar con reconocimiento la gracia que le ofrece.

Cuando se recibe a Cristo en el corazón, comienza una vida nueva. Nuestra vida, que lejos de Él era un enigma y a veces una carga, toma un nuevo sentido. Dios, que nos parecía lejano y escondido, se aproxima ahora a nosotros, nos reconcilia con Él, revelándonos su amor y su corazón de Padre. En Cristo se establece una nueva relación entre Dios y su criatura. A partir de ahí somos sus hijos. ¿Quién podría entonces turbar la paz de un hijo de Dios? ¿Qué circunstancia podría hacer tambalear su confianza? Sabe que nada ocurre si Dios no lo ha decidido o permitido. Este Dios todopoderoso es su Padre y si hay algo de lo que no puede dudar en absoluto es de su Amor.

En Cristo ha aprendido que está predestinado a la gloria eterna y que su paso por la tierra es una escuela en la que, a través de pruebas diversas, Dios le educa y le forma para un mundo en el que la belleza del nuestro no es sino una sombra imperfecta.

Vosotros, amigos míos, los resignados, cuya vida va pasando sin ánimo y gris; vosotros que no murmuráis, pero tampoco conocéis ya el canto de la alegría, vosotros cuyo sol parece ponerse aún siendo de día, ¡dad un paso adelante! Ajenos a Cristo o discípulos de Él, abrid el Evangelio y aprended a conocer al Señor Jesucristo.

Entonces entenderéis que vuestra tribulación actual sólo es pasajera. Con Pablo tendréis la experiencia que los *sufrimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados a la gloria venidera que nos será revelada*. Teniendo paz con Dios, sabiendo, disfrutáis de sus favores y siendo poseedores en vuestros corazones de *la esperanza de la Gloria de Dios*, os glorificareis en las tribulaciones *sabiendo que la tribulación produce paciencia* (Romanos 5:3), que nos lleva a experiencias tales que la esperanza ya no nos puede abandonar y aún menos decepcionarnos *porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado* (Romanos 5:5).

Resignado, la actitud pasiva no es de Dios. No vives aquí abajo para

ti sino para Dios. Entra en el plan de Dios para ti, vuélvete su colaborador y conocerás la felicidad en todas las circunstancias. Si como a Moisés, Dios ha tenido que decirte: *Basta, no me hables más de este asunto* (Deuteronomio 3:26), ten por seguro que lo que Dios no quiere darte no es nada comparado a lo que te quiere dar.

Cuando Dios dice *no* a un deseo, incluso un deseo legítimo, alegrémonos, ya que su rechazo es el indicio seguro que ha preparado algo mejor para nosotros. Mientras tanto, como al apóstol Pablo nos dirá, *bástate mi gracia*. Y esta gracia no es sino el mismo Cristo, solución a todos nuestros problemas, llave de todas las situaciones, respuesta a todas nuestras necesidades, plenitud para la vida presente y para toda la eternidad.

Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

(Isaías 64:4-5)

Resignado, ¡levanta la cabeza! Cristo tiene un mensaje para ti:

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.

(Juan 7:37b-38)

Los vencedores

o la gozosa aceptación

3

En una noche oscura, un hombre cargado de angustias y preocupaciones está en lucha, solo con Dios. Pero no sabe que está combatiendo contra Dios y se agotará en una lucha desigual hasta el amanecer. De repente, cuando titubeante por el problema de cadera que le aqueja se siente vencido, la primera luz de la aurora le revela el verdadero rostro del que había tomado como enemigo. En un instante, comprende su error y quebrantado, sus fuerzas agotadas, sin más recursos, se echa llorando en los brazos del que hasta ahora combatía. Ahora se agarra a Él, se abandona sin reservas e implora Su bendición. Mientras el sol aparece, así como Jacob recibió un nuevo nombre, Israel (vencedor de Dios) una nueva vida empieza para él. ¿Qué ha pasado? Jacob lo explica llamando el lugar de su batalla *Peniel* (Rostro de Dios) ya que dice: *Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma* (Génesis 32:30).

Cuantos hombres y cuantas mujeres se parecen a Jacob (Génesis 32) ¿Cuándo se levantará la aurora para ellos, haciéndoles conocer la dulce faz del que les sostiene con sus brazos, cuya mano les golpea para bendecirlos y transformar su vida? Entonces también llamarán su lecho de dolor *Peniel*, un lugar del cual también podrán decir: *Aquí encontré a Dios, he visto su rostro*.

En una nave zarandeada por las olas, unos cuantos hombres se atormentan y reman duramente, ya que el viento les es contrario. De repente, en la noche, caminando sobre el mar espumoso, cual un fantasma, una forma humana se acerca a ellos, llenándoles de terror. En medio de la tremenda tempestad, los discípulos no han reconocido a Jesús, su maravilloso Salvador, que viene a socorrerlos. Les invade el miedo y les provoca gritos de angustia. Pero, enseguida y de manera majestuosa, la voz cálida del Creador de los elementos tranquiliza los corazones atemorizados: *¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!* Jesús sube después a la barca y el viento se calma (Marcos 6:47-51).

Miles de afligidos se parecen a los discípulos que luchaban contra el viento y tomaban a Cristo por un fantasma en vez de ver en Él su refugio, y se agotan en el mar agitado de la vida. ¿Cuándo compren-

derán que el reino del miedo cesa en las almas que Cristo domina y que el viento contrario se calma en cuanto dejamos entrar a Jesús en nuestro corazón?

Cuando la enfermedad nos acecha, nunca podremos decirnos suficientemente que sólo en la aceptación de esta vida trastornada encontraremos la salud física, moral y espiritual.

(Madeleine Chasles: "El tiempo de la paciencia")

No obstante, si aceptar es una hermosa palabra, es necesario, para que llegue a ser una realidad en la vida, que una motivación más poderosa que el dolor, el aislamiento, la inquietud o las numerosas privaciones, que van a la par con la enfermedad, llene nuestro corazón; si no la aceptación sólo será una especie de resignación superior.

Para llegar a la aceptación completa como hemos visto en los dos relatos anteriores, son absolutamente necesarias dos cosas :

I. Reconocer la mano de Dios en todas nuestras circunstancias.

II. Recibir a Cristo, Salvador vivo que nos trae su seguridad divina para el resto de nuestra carrera y nos hace ver todas las cosas bajo el ángulo de la eternidad, bebiendo en el corazón mismo de Dios, fuente inagotable de toda bienaventuranza.

Incluso si se cumplen estos dos requisitos, no quiere decir que el día que nos toque la prueba alcanzaremos enseguida la vida de plenitud a la cual Dios nos llama desde aquí, en la tierra; esta vida de paz en el sufrimiento, de gozo en la tristeza, de contentamiento en la renuncia, esta vida que equivale a miles de predicaciones y de donde surge el perfume mismo de Cristo.

¿Por qué? Porque nuestras experiencias más valiosas, nuestra comprensión y nuestro progreso espiritual se dan más a menudo en un estado de aflicción que en días fáciles y dulces. No debería ser así. Recordemos pues, siempre, que cuanto más íntima y constante sea nuestra relación con Dios, más seremos capaces de glorificarle desde el mismo comienzo de nuestras tribulaciones.

Estad siempre gozosos... Dad gracias en todo (1 Tesalonicenses 5:16,18). Así habla la Santa Escritura. ¿Es posible hacer tales exhortaciones en un mundo en el cual el tiempo y las circunstancias nos alcanzan a todos?

Para el hombre natural esto es inconcebible, pero para Dios todas las cosas son posibles y se hacen posibles para el que cree en Él.

No obstante el que alcanza este estado de reposo de la fe siempre constatará que está en este estado por pura gracia y porque conoce el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento.

El creyente sólo alcanza este grado espiritual y se mantiene en él por un conocimiento siempre más completo de sí mismo y de todo lo que Dios es para él en Cristo.

Para llegar a esto vuelve sin cesar a la Cruz del Calvario, donde murió su Salvador. Ahí descubre la ruina total de su naturaleza y pierde todas sus pretensiones. El Gólgota le revela la medida de la enemistad del hombre hacia Dios. En esta colina sangrienta puede medir algo más que su profunda miseria. La cruz lo coloca frente a un amor insondable, el de Dios ofreciendo a su único Hijo para salvación eterna de su alma. En la contemplación del divino crucificado muriendo por los impíos, encuentra la prueba irrefutable del amor de Dios hacia sus criaturas. Así conoce la gracia y sabe que para él todo es gracia. Cuanto más piensa en estas cosas, se vuelve más consciente de su entera dependencia de Dios.

La sobreadundante gracia de Dios se le aparece como un océano sin orillas. Ya no es sólo en la cuestión de la salvación de su alma que la ve en acción, sino en todos los detalles de su vida. Hasta ayer, encontraba muy natural el gozar de buena salud. No haciendo excesos, se atribuía secretamente el mérito de ello. Vivir entre los suyos, tener comida y vestido, poseer algún bien, todo esto era para él el fruto legítimo de su trabajo. Y si en su prosperidad se ha acordado de Dios para bendecirlo, su reconocimiento provenía más bien de una tradición piadosa que de una convicción personal. Hoy en día, la gran verdad proclamada por Job en su desgracia penetra su corazón: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá* (Job 1:21a). Ante esta cruda realidad, que hizo decir a Pablo más tarde: *Nada hemos traído al mundo y nada nos llevaremos*, él llega a entender hasta qué punto todo es gracia para el hombre y considera su vida desde un ángulo totalmente nuevo. Nada le pertenece; lo que posee lo ha recibido de Dios y debe estar preparado a devolver en cualquier momento, y sin murmurar, lo que Dios, por un tiempo, ha querido confiarle. Si en lo que se refiere a lo cotidiano sabe restituir con gratitud las cosas prestadas, como Job, podrá ahora devolver a Dios sus dones con acciones de gracias, haciendo

suyas las palabras sublimes del patriarca: *Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito* (Job 1:21b).

Pero en el camino de la verdad, el Espíritu Santo lo conducirá aún más lejos. No sólo aprenderá el hombre que nada aquí abajo es suyo, sino que reconocerá que los discípulos tampoco se pertenecen a ellos mismos, y ya no pueden *vivir por sí mismos sino para Aquel que murió y resucitó por ellos*.

Mientras que el señorío de Cristo se establece poco a poco en su vida entera, la Biblia de la cual se alimenta le es cada vez más querida. Cuanto más se apropia las promesas de este libro más constata cada día su maravilloso cumplimiento. Conoce el *don de Dios* y ha bebido en las aguas vivas de la gracia que llegan a ser para él una fuente inagotable. Entonces descubre que la salvación no sólo es un regalo dado en previsión al día de la muerte, un seguro contra el juicio del infierno, sino una relación actual con Dios, una vida que no es sino la de Cristo manifestado en nuestra carne mortal. La salvación es la entrada todopoderosa de alguien en nosotros. Es *la vida en abundancia* prometida por Jesús a sus ovejas, la vida donde se descubre cada día más *riquezas insondables de Cristo*. Entonces una única pasión domina su alma, una única visión llena sus ojos, un sólo pensamiento ocupa su corazón, y porque puede experimentarlo, puede gritar con Pablo:

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte.

(Filipenses 3:7-10)

De nuevo está a los pies de la cruz del Calvario la cual por el Espíritu Santo le revela su mensaje liberador. Comprende que es ahí donde encuentra en Cristo más que un glorioso sustituto, su representante delante de Dios. En esta cruz, según el testimonio mismo de la Palabra de Dios, por fe, se ve identificado con su Salvador crucificado, ve aniquilado su pecado por Él, ya no está pendiente de la ley de este mundo. Y como Cristo resucitó, por fe se ve también resucitado con él

(Romanos 6). La muerte de Cristo en la cruz es para él el final de una vida de miseria, de esclavitud, de codicia, de esfuerzos infructuosos, y la resurrección de Cristo el principio de una nueva vida dando frutos para Dios en Jesucristo. De repente entiende el secreto de la vida de Pablo y deja al Espíritu Santo grabar para siempre estas palabras en su corazón:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

(Gálatas 2:20)

¡Qué revelación! El lenguaje de Pablo, que encontraba tan abstracto, se vuelve ahora tan concreto. Ha descubierto una riqueza gloriosa en esta pequeña palabra *en* empleada muy a menudo en las epístolas de los apóstoles. Ahora sabe que es a los ojos de Dios, *un hombre en Cristo* (2 Corintios 12:2). Cristo es su vida y la esfera en la cual vive aún estando todavía en el mundo. Vive en Cristo y Cristo vive en él. Esta es la gloriosa realidad que la fe aporta a una vida.

¡Vida de fe! único secreto de la victoria, fuente de paz, de gozo y reposo. Vida de fe con un Dios conocido a través de Jesucristo como un Padre lleno de amor, sentado en el trono de la gracia.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

(Hebreos 4:16)

Vida de fe en un Salvador perfecto por el cual hemos recibido redención para la eternidad, huésped divino que mora en nosotros hasta tal punto que nuestro cuerpo es su templo. Vida de fe en la Palabra de Dios, verdadera y permanente, que nos afirma que *a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien* (Romanos 8:28).

Solamente el conocimiento íntimo y personal del Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo y la fe en sus promesas pueden llevar al hombre a aceptar las cosas malas así como las cosas buenas sin que su paz sea turbada y el gozo le abandone. Entonces puede decir con Pablo: *... he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación* (Filipenses 4:11).

He aprendido. Amigos enfermos, no os apenéis. Un gran apóstol como Pablo también tuvo que aprender la aceptación gozosa.

Escuchemos el poder del mensaje que a través de los tiempos del cristianismo y hasta hoy día se han apropiado los enfermos victoriosos:

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Romanos 8:31-39)

¿Es posible conocer, en un lenguaje humano algo tan hermoso? Sea cual sea el desenlace de su enfermedad, el que haga suyas las palabras inspiradas de este texto será victorioso.

Recordará que su enfermedad pertenece a *todas las demás cosas* que trabajan para su bien. Llegará incluso a ver en la prueba una concesión inesperada de un deseo que le arrancaba a veces su actividad desbordante: *¡Oh, qué bien me haría un tiempo en soledad!* A través de esta enfermedad Dios le da este tiempo que no habría tenido nunca si su mano no lo hubiera tocado. ¿De qué sirve desaprovechar los días amargándose interiormente? La vida es breve, la prueba tiene su medida. Para no perder el beneficio de la aflicción, aprovechará su tiempo para conocer mejor a Dios y sus pensamientos hacia Él para estar mejor preparado para glorificarlo. A partir de este momento ya no le dominará la enfermedad. La dominará él y estará a su servicio. Puede incluso llegar a ser un enriquecimiento de tal manera que más tarde podrá decir: *Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas*

ahora guardo tu palabra... Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos (Salmo 119: 67,71).

Ocupado por el Señor y ya no por sus males, en la lectura de la Biblia que se ha vuelto su libro de cabecera, el creyente camina de descubrimiento en descubrimiento y, como el salmista, siente tanta felicidad en su lectura que grita: *Tengo gozo en tu Palabra, como un hombre que encuentra un gran tesoro.* Podrá decir: *Tu Palabra me da vida.* Los pensamientos y los caminos de Dios cada vez le serán más familiares.

Para que la distancia que separa el cielo y la tierra no separen ya más los pensamientos y los caminos del Señor de los nuestros propios, hay que vivir donde está Dios. Cuando aceptamos por fe que *nuestra vida está escondida en Cristo a través de Dios* y que ya no queremos vivir en otro lugar, no solamente Dios nos revela sus secretos sino que cualesquiera que sean nuestras tribulaciones, uno solo de nuestros días vale más que miles de los de un incrédulo rico y con buena salud. Así es la vida de los que conocen el camino de los lugares santos y *que esperan más allá del velo.*

Querido enfermo, ¿conoces esta vida victoriosa en el santuario?

¡Oh! Acércate, *pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificado el corazón de mala conciencia y lavado el cuerpo con agua pura* (Hebreos 10:22), y entra hoy en completa posesión de tus privilegios. Oirás en el santuario palabras inefables que el hombre no puede expresar, pero que dejarán en tu corazón y en tu vida un recuerdo imborrable.

Ahí es donde se te desvelará el *por qué* de las pruebas de manera que ya no necesitarás esperar el cielo y su plena revelación para bendecir y alabar a Dios por todas las cosas.

No está prohibido a un cristiano el plantearse un *por qué*, pero este por qué debe incitarle a buscar en la Biblia las respuestas que necesita para comprender el lenguaje de Dios.

Del principio al final la Palabra de Dios le enseña que la finalidad del Señor en la prueba por un lado es la de glorificar su Nombre y por otro de hacernos bien. Incluso no entendiendo los métodos de Dios y las medidas que toma con nosotros, debe ser suficiente para nosotros la certidumbre de que Él es infinitamente bueno y sabio.

Pero busquemos a través de la Biblia algunos de los *por qué*s de la

prueba con el sincero deseo de no olvidar nunca las lecciones de esta escuela divina.

La enfermedad como tal es una consecuencia del pecado, cuya consecuencia final es la muerte. Se le llama en el libro de Job *el primogénito de la muerte*. Sin la caída, las lágrimas, la muerte, el luto, las crisis, las penas no se conocerían en la tierra. Como todos los demás males, la enfermedad tiene su origen en el pecado del hombre, pero siendo esto cierto, no es necesariamente el signo de un castigo de Dios. Es un instrumento que Dios utiliza para nuestro bien y para educarnos.

De la enseñanza de la Biblia podemos hacer resaltar que Dios utiliza la enfermedad o cualquier otra prueba:

I. Para llevar a un hombre envuelto en el torbellino de los negocios de este mundo, o a uno que vive en la indiferencia o en rebelión, a pensar en su alma y en Dios. Dios le da de esta forma el tiempo material de arreglar sus asuntos con Él antes que sea demasiado tarde. En su paciencia, Dios habla una vez, dos veces, y el hombre no escucha... Así es que por su Amor por el alma perdida, el Señor de toda carne golpea aún más fuerte para despertar a la salvación al alma insensible que, ciega, camina hacia su perdición.

II. Para reencontrar un pecador extraviado, para hacerle entrar en razón y conducirlo a reconocer sus faltas y su miseria delante de Dios, de manera que esta alma encuentre en la humillación sincera la confesión y el abandono de sus pecados, el perdón del Dios santo *que no desea la muerte del malvado sino que viva*. Ej.: Manases, rey de Judea (2 Crónicas 33:1-20), el hijo pródigo (Lucas 15:11-32).

III. Para glorificar Su Nombre a los ojos de los hombres a través de la grandeza de sus liberaciones, siempre proporcionadas a la profundidad de nuestro desespero. Ej.: la opresión de los israelitas por los egipcios (Éxodo 1-15), los tres jóvenes hebreos en el horno (Daniel 3), el ciego de nacimiento (Juan 9:1-12), la enfermedad de Lázaro (Juan 11:1-44).

IV. Para enseñarnos a conocer el fondo de nuestro corazón y manifestar la medida de nuestra fidelidad y crear en nosotros otra nece-

sidad que la de los bienes materiales, el hambre de la Palabra de Dios, según lo que está escrito: *No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Lucas 4:4). Ej.: Israel en el desierto (Deuteronomio 8).

V. Como un castigo en el caso de un creyente, cuyo pecado ha dado lugar a sus enemigos a blasfemar el nombre de Dios. No obstante este castigo siempre será menos fuerte que el que el culpable pronunciaría él mismo si tuviera que juzgar un caso similar en otra persona. Ej.: el rey David, su crimen y su castigo (2 Samuel 11-12). ¿Qué hacer si somos conscientes que nuestra prueba tiene este significado para nosotros? Imitar a David que confiesa su pecado y vuelve a encontrar en la humillación, el gozo de su salvación (Salmo 32, la dicha del perdón y Salmo 51, arrepentimiento y plegaria pidiendo purificación).

VI. Para castigar el orgullo del creyente cuando Satanás le incita a obrar según los principios de la carne y de su propia voluntad. Ej.: la historia del censo del pueblo ordenado por David (2 Samuel 24 y 1 Crónicas 21) ¿Qué hacer entonces? Refugiarse quebrantado y humillado en las manos del Dios que hemos ofendido, recordando que su compasión es grande y que siempre es preferible ser castigado por Dios que por los hombres (2 Samuel 24:14; Jeremías 10:24; Lamentaciones 3:22,31-33).

VII. Para dar al creyente, acusado de servir a Dios por interés, la ocasión de manifestar, en el seno de una gran aflicción y de un despojo completo, que un creyente ama a Dios por Él mismo y no por los beneficios y las ventajas con las cuales inunda a sus hijos (Ej.: Job 1-2).

VIII. Para liberar al alma piadosa de toda justicia propia y de sus conceptos de Dios, viéndose a sí mismo con horror, pero también el inefable gozo de ver el rostro de Dios (Ej.: Job 42).

IX. Para hacernos servir en el consejo de Dios y para la salvación de muchas almas. Ej: las aflicciones de José tenían esta doble finalidad (Génesis 37-50; Salmo 105:17-22), las tribulaciones del apóstol Pablo para la plena manifestación de la vida de Jesús en los corintios (2 Corintios 4:7-18).

X. Para enseñarnos a aprender a conocer las consolaciones de Dios, *para que podamos consolar a los que están en cualquier aflicción, por la consolación que recibimos nosotros mismos por parte de Dios.* Ser consolado por Dios nos ofrece una felicidad que ningún placer del mundo puede igualar. Descubrimos en Dios un corazón más tierno y sensible que el de una madre. Ninguna mano más dulce ha podido enjugar lágrimas, ni vendado las heridas de las almas angustiadas (Mateo 5:4; 2 Corintios 1:3-4; Isaías 51:12; 66:13; Job 5:17-18; Oseas 6:1).

XI. Porque Dios nos trata como hijos; ¿qué padre es el que no disciplina a un hijo? Dios nos trata como hijos y no como bastardos. Nos disciplina para nuestro provecho para que podamos participar de su santidad (Hebreos 12:5-11). Para los hebreos todo lo que Dios quería santificar, persona u objeto, estaba puesto de lado, retirado del uso profano y ofrecido, consagrado a Dios. Hoy en día, Dios todavía se complace a través de la enfermedad, en apartar a una persona *para hablarle al corazón.* En el seno de un desierto árido, *reconforta su alma y la convierte en un jardín regado, en un manantial cuyas aguas no se agotan* (Isaías 58:11). Dichosos los que Dios llama al valle para hablar a solas con ellos. Ahí les hace ver su gloria (Ezequiel 3: 22-23). Amigo enfermo, acepta tu vida de *ser separado.* Es una gracia que Dios da a sus santos. En la soledad donde te coloca, Dios quiere poner la imagen de su Hijo en ti para hacerte capaz de servirlo en la verdadera santidad.

XII. Para que demos más frutos (Juan 15:2), y para dar a otros la ocasión de dar fruto en abundancia y fruto que perdura (Juan 15: 5-16), se trata antes que nada del fruto del Espíritu que se manifiesta en la prueba en amor, gozo, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, templanza (Gálatas 5:22-23). Pero también se trata de todas las buenas obras que Dios nos ha preparado por adelantado para que andemos en ellas (Efesios 2:10). Ej.: la enfermedad de un padre o de una madre enseñará a los hijos a mostrar su amor entrañable a su propia familia y a devolver a sus ascendientes los cuidados que recibieron de ellos (1 Timoteo 5:4); desde el basto suelo de las cabañas a las amplias salas de los hospitales, mujeres y hombres benévolo tienen la oportunidad cada día de mostrar su amor al prójimo aliviando multitud de sufrimientos.

XIII. Para dar al creyente la posibilidad de experimentar la auto-suficiencia de la gracia divina y llevarlo a reconocer que su poder se cumple en la enfermedad. Para manifestar Su vida, Dios utiliza vasos frágiles de barro, *para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros* (2 Corintios 4:7). Seamos pues siempre estos vasos sin apariencia en los cuáles, sin embargo, Dios ha colocado el más grande de los tesoros. Ej.: el apóstol Pablo.

XIV. Para llevar al hombre más fiel y piadoso a preferir a Dios por encima de todo lo que tiene de máspreciado y legítimo en esta tierra. Como a Abraham, Dios puede pedirnos nuestro *Isaac*. Para unos puede ser su salud, para otros una mujer, un marido o un hijo. Para otros, *Isaac* es su situación o incluso su ministerio, el servicio que habían recibido de Dios. El sacrificio es doloroso, pero cuando la fe triunfa en obediencia, Dios en Su gracia devuelve a menudo lo que ha pedido o incluso da el doble. Ej.: Abraham y Job.

XV. Finalmente, Dios prueba al hombre para enseñarle la paciencia y la dependencia, purificando su fe como el oro en el crisol del fundidor, hasta el día en que *manifestado fiel por la prueba, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman* (Santiago 1:2-8,12; 1 Pedro 1:6-7; Isaías 48:10; Malaquías 3:2-3).

Quiera Dios dar, por uno u otro de estos quince puntos, una respuesta de ánimo al alma que aún está buscando el *por qué* de su prueba. Cualquiera que sea su caso particular, la Biblia en su totalidad le enseña que es en el amor que está afligido y siempre en vistas a su bien supremo.

Tu Dios... que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien...

(Deuteronomio 8:16)

La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan; mas su poder y su furor contra todos los que le abandonan.
(Esdras 8:22b)

Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero.
(Job 42:12a)

Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece.
(Salmo 57:2)

Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia.
(Eclesiastés 8:12)

Decid al justo que le irá bien...
(Isaías 3:10)

Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás.
(Jeremías 38:20)

Bien lo ha hecho todo...
(Marcos 7:37)

... a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...
(Romanos 8:28)

¿Qué más nos hace falta para estar en paz en todas las circunstancias, cuando toda la Palabra de Dios, que no puede mentir, nos afirma tales cosas?

Y aún cuando todavía no entendamos, si *sus pensamientos no son los nuestros*, hasta el día que veamos más claro, que estas declaraciones sean suficiente para nosotros:

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis.
(Jeremías 29:11)

El vencedor es el que en todo tiempo ha aprendido a guardar, a pesar de sí mismo, las palabras de Dios por encima de los propósitos de su corazón. La Palabra de Cristo *habita en él* y sabe emplearla en el momento oportuno. Tiene en reserva en su corazón palabras que son espíritu y vida.

De esta forma cuando la prueba se prolonga y le parece sin salida, acallando los pensamientos pesimistas de su corazón, su fe se apropia de esta palabra inspirada:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.

(1 Corintios 10:13)

Y en el día que el peso de la prueba parece aplastarlo, el Espíritu de Dios le recuerda con fuerza esta otra palabra:

Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.

(Romanos 8:18)

o aún más:

Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.

(2 Corintios 4:17)

Entonces su mirada desviándose de las cosas visibles, se fija en las que no se ven. Si su cuerpo está todavía en la tierra, sus ojos miran a la eternidad.

Pero ante todo, el vencedor vive esperando el regreso de su Maestro y Señor. Esta espera no es la de la muerte sino la venida de Jesús en las nubes que, *transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya* (Filipenses 3:21), para llevárselo, junto con todos los creyentes transformados y resucitados, a su encuentro en el aire (1 Tesalonicenses 4:13-18) y entrar con ellos en las amables moradas de la casa del Padre (Juan 14:1-3).

En esta espera, feliz esperanza de su vida y de la Iglesia entera, por el Espíritu Santo, permite entrar a Cristo en todas las circunstancias de su vida. Le expone sus necesidades, sus penas, sus deseos, ya no teme decirle todo y abrirse ante Él en cuanto a sus debilidades, sus tentacio-

nes y sus luchas; pone al desnudo sus actos y sus pensamientos, se deja instruir, reprender, corregir, purificar y consolar por la Palabra de Dios.

Y si alguna vez la mano que se apoya en él pesa demasiado, en lugar de bajar la cabeza, contemplará esta mano que le castiga y descubrirá en ella la marca de los clavos. Esta mano agujereada le da seguridad y lo tranquiliza. Reconoce en ella la mano del que lo ha amado más en el mundo, la mano llagada por su pecado.

Entonces, como Jacob en Peniel, o como Pedro hundiéndose en las aguas, coge su mano y en ella encuentra su socorro todopoderoso ya que:

Rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondido su poder.
(Habacuc 3:4)

Apéndices

Ser cristiano

Hay en la vida del cristiano horas, días, períodos en los que probamos las bendiciones de nuestro Dios. Tiempos alegres, días de bienestar en los que el alma es consciente del amor de su Salvador y reconoce que sus mandamientos no son una carga (1 Juan 5:3). Luego, de repente, el cristiano se encuentra hundido en las tinieblas.

Los malos días probablemente no nos han llegado en todo su rigor, pero sin embargo sentimos que ya no estamos en el país de la abundancia espiritual, sino en el desierto, la escasez y la soledad de los terribles lamentos.

La satisfacción interior de antes da paso a un sentimiento de profunda mediocridad. Nos asalta un enjambre de malos pensamientos, ciertos recuerdos, ciertas imágenes nos obsesionan y una voz grita:

A pesar de tu máscara, no eres más que un vil hipócrita, eres indigno del amor de Dios, y esto es tan cierto como que ya no experimentas su misericordia. Dios te abandona, te rechaza, incluso ya no responde a tus oraciones. Has vivido en una ilusión, y ahora estás solo... solo... y nadie puede socorrerte.

Es la hora en la que el tentador se acerca a nosotros para intentar apartarnos de la voluntad de Dios, sugiriéndonos mil medios de salir adelante sin Dios, ya que Dios parece habernos abandonado y entregado en manos del destructor que, repentinamente, se muestra seductor. Como Jesús en el día de su tentación, es importante para nosotros saber responder a Satanás: *Escrito está.*

Ciertamente, en el punto culminate de la prueba, puede que no sintamos el amor de Dios y no veamos al Señor, pero sabemos lo que

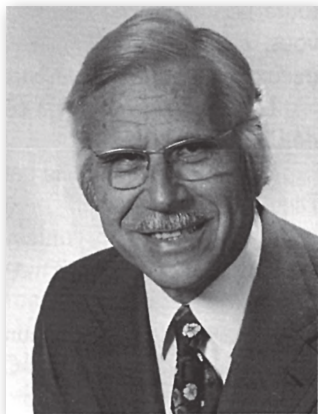
dice la Biblia: *"Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros"* (Romanos 5:8).

¡Eso es lo que sé! ¡Esa es la verdad!

No soy más amado por Dios cuando nado en el gozo, ni menos amado por Él cuando atravieso el valle de lágrimas. No me ama porque me creo blanco, y no deja de amarme cuando me veo totalmente negro. Dios me ama tal como soy. Su amor es inmutable.

Esta certeza debe llevarnos a una estabilidad espiritual que se manifestará en una falta de preocupación de nosotros mismos y de lo que sentimos, a fin de que en todo tiempo podamos dar testimonio del gran amor de Dios.

Gaston Racine (7 de abril de 1964)



Gaston Racine (1917-2006)

Gaston Racine

Predicador, conferenciante y escritor. Nació en Suiza, en el cantón de Neuchatel, en 1917. De familia de origen hugonote, creció en un ambiente piadoso, convirtiéndose a Cristo a la edad de 14 años.

Atacado en su juventud por la enfermedad, tuvo que aprender durante largos años, en la escuela del sufrimiento, a renunciar a sus planes y proyectos para, sencillamente, someterse a la voluntad divina.

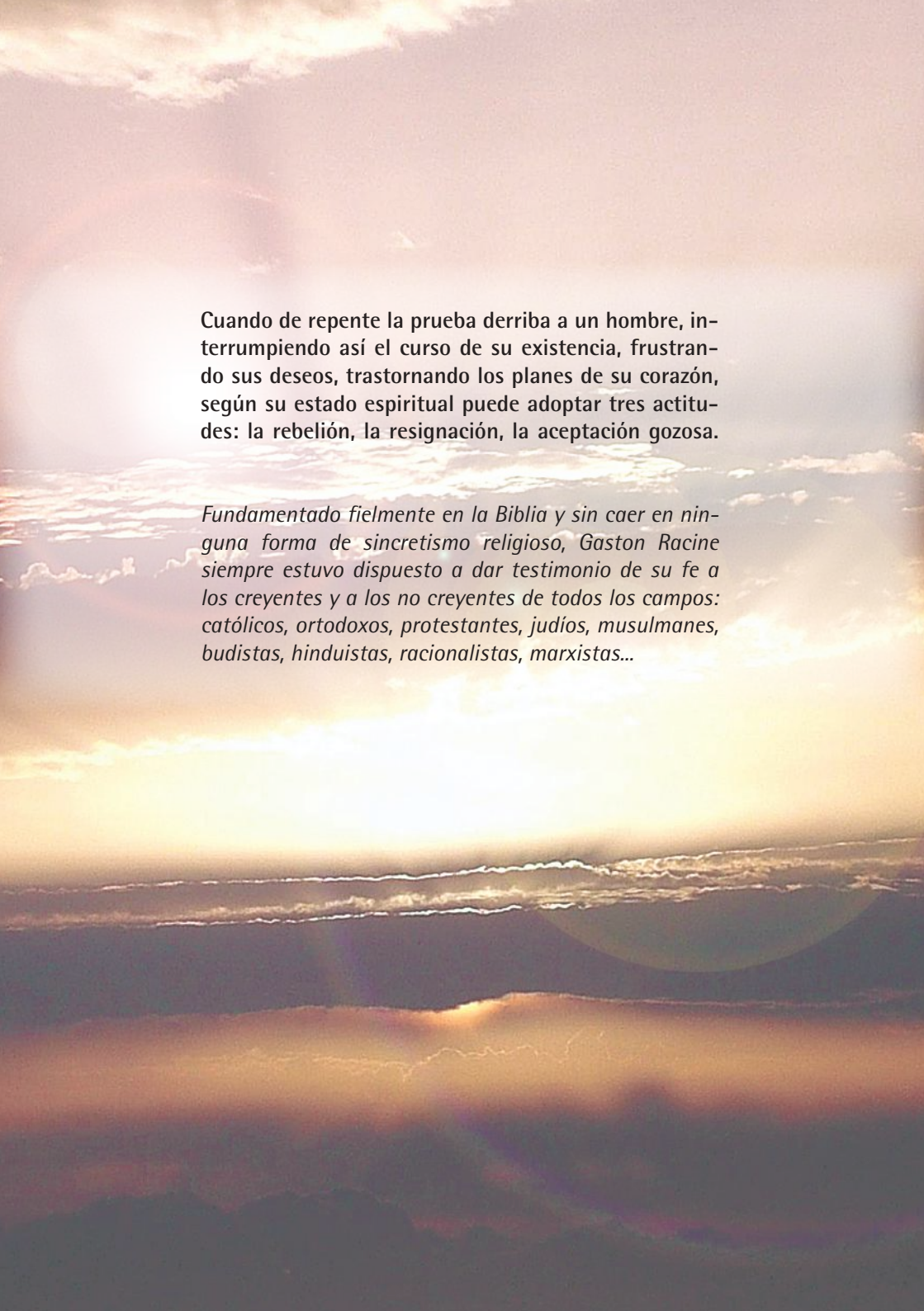
En 1936, después de un período de convalecencia en Italia, sintió el llamamiento de dedicarse al servicio de Dios. El texto bíblico que sirvió para despertar su vocación fue Jeremías capítulo 1, versículos 4 a 10:

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar.

Se trasladó a Montreal (Canadá) en 1962. Fundamentado fielmente en la Biblia y sin caer en ninguna forma de sincretismo religioso, Gaston Racine siempre estuvo dispuesto a dar testimonio de su fe a los creyentes y a los no creyentes de todos los campos, católicos, ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, hinduistas, racionalistas, marxistas...

Gaston Racine falleció en Montreal el 27 de febrero de 2006, a los 89 años de edad.

Ferran Cots editor • Barcelona, noviembre de 2012
Primera edición



Cuando de repente la prueba derriba a un hombre, interrumpiendo así el curso de su existencia, frustrando sus deseos, trastornando los planes de su corazón, según su estado espiritual puede adoptar tres actitudes: la rebelión, la resignación, la aceptación gozosa.

Fundamentado fielmente en la Biblia y sin caer en ninguna forma de sincretismo religioso, Gaston Racine siempre estuvo dispuesto a dar testimonio de su fe a los creyentes y a los no creyentes de todos los campos: católicos, ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, hinduistas, racionalistas, marxistas...